

43



Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

SEGUNDA EDICION.

*Es propiedad.*

OPUSCULOS DEL MISMO AUTOR.

A una señora... y á muchas, 30 cénts. de real. — Casa y casino, 40 id. — El clero y el pueblo, 80 id. — La chimenea y el campanario, 70 id. — Cosas del día, 70 id. — Los desheredados, 30 id. — El dogma más consolador, 50 id. — El dinero de los católicos, 1 real. — Las diversiones y lo moral, 1'30 id. — El espíritu parroquial, 1 id. — Los malos periódicos, 30 cénts. — Manual del apostolado de la prensa, 80 id. — Mes del sagrado Corazon de Jesús, 1'50 real. — Niñedades católicas, 40 cénts. — Octavario á Cristo resucitado, 50 id. — Devoto octavario al dulce Niño de Belen, 50 id. — ¿Para qué sirven las monjas? 70 id. — ¿Pobres espiritistas! 60 id. — ¿Qué falta hacen los frailes? 60 id. — ¿Qué hay sobre el espiritismo? 70 id. — Ricos y pobres, 50 id. — La voz de la Cuaresma, 40 id. — Los frailes de vuelta, 50 id. — Montserrat, 2 rs. — Devoto novenario á María en su Asuncion, 50 cénts. — Bien ¿y qué? 60 id.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR. — I, La Biblia y el pueblo, 24 cénts. de real; II, Ayunos y abstinencias: La Bula, 24 id.; III, El matrimonio civil, 34 id.; IV, El Concilio: La Iglesia: La infalibilidad, 36 id.; V, El Purgatorio y los sufragios, 30 id.; VI, El culto de san José, 20 id.; VII, El culto de Maria, 30 id.; VIII, El protestantismo 80 id.; IX, El culto é invocacion de los Santos, 32 id.; X, Efectos canónicos del matrimonio civil, 40 id.; XI, Misterio de la Inmaculada Concepcion, 24 id.; XII, El púlpito y el confesonario, 50 id.; XIII, El Padre nuestro, 30 id. — XIV, Las penas del infierno, 60 id.

R. 3531135

12  
65545

## LA CASA-IGLESIA Y LA CASA-CLUB.

---

Una de estas dos cosas ha de ser por necesidad el hogar doméstico, segun que impere en él de veras el Catolicismo, ó segun que en él se haya dado franca entrada á la Revolucion.

O casa de Dios, ó casa del diablo; ó casa-iglesia, ó casa-club.

Es casa de Dios ó casa-iglesia, si se rigen sus individuos por la ley cristiana en todo su rigor: con padres que manden como cristianos; con hijos que obedezcan como cristianos; con espo-

sos que como cristianos se amen; con criados y trabajadores que como cristianos respeten, sirvan y trabajen, y como cristianos sean tratados y retribuidos. Una casa así organizada es copia exacta de la Iglesia de Dios, en la que es Dios honrado y servido, y en la que son las almas santificadas y conducidas á su debido fin. A la casa del cristiano así constituida llamó iglesia doméstica el Apóstol, y no pudo á fe llamarla mejor.

Es casa del diablo ó casa-club, si en ella no rige la ley de Dios, sino la salvaje y brutal libertad de cada uno, ó la voluntad, más salvaje y brutal todavía, de un déspota que sólo sabe mandar á palos y porque sí. La casa sin Dios, como el Estado sin Dios, cae inevitablemente ó en la demagogia ó en el cesarismo. O grita allí cada cual por su cuenta y antojo sin otras trabas que

las de su soberanía individual; ó manda allí uno solo, sin más ley que su capricho, ni más consideraciones que las de su orgullo de sultan. En ambos casos no hay sosiego, no hay paz; la familia no es el cielo de la tierra, como debería ser, sino el infierno anticipado.

La moda antigua, rancia y cristiana, fué que la casa estuviese montada y regimentada en todo segun la ley de Dios, como lo estaba tambien el Estado civil. Habia una ley fundamental en la familia: esta ley eran los diez mandamientos del decálogo y los cinco de la Iglesia. Esta ley se tenia por sagrada y por inviolable. El padre se creía sujeto á ella lo mismo que el hijo; el amo y la señora lo mismo que sus criados. Allí era verdad aquello, tan cacareado hoy dia, de la igualdad ante la ley. Aquella ley era la misma para to-

dos: su representante era el Crucifijo. Por eso ante el Crucifijo no habia señor que no se postrase humilde como un criado, ni criado que no se reconociese tan noble y libre como su señor. Era el famoso nivel de aquella cristiana república, que miraba más á la nivelacion de las almas que á la de las fortunas; porque sabia que, reconocida la igualdad del hombre espíritu, todo lo demás habia de seguir como accesorio y accidental. Asi el amo mandaba y el criado servia; pero tan hijo de Dios y tan súbdito suyo se reconocia el criado sirviendo, como el amo mandando. Aquello era liberal, muy liberal, si se me permite usar esta blasfema palabra. No habia allí voluntad absoluta de nadie: por esto era libre la conciencia de todos, bajo el yugo único de la ley de Dios. Y si un padre mandaba lo que no podia mandar, ó

un amo exigia lo que no podia exigir, la Iglesia decia al hijo ó al criado: «Primero has de obedecer á Dios que á los hombres. Muere antes que obedecer.» Y con esto no enseñaba, no, la rebeldía, ¡válgame Dios! no hacia más que poner en su verdadero punto la autoridad. Primero la ley de Dios, despues la ley del hombre conforme á la ley de Dios. De consiguiente, primero la obediencia á la ley divina, despues la obediencia á la autoridad humana, en lo que no se oponga á aquella primera ley.

¡Ah! ¡Esto era nobleza en el mandar! ¡Esto era dignidad en el obedecer! Dentro de esta órbita nobilísima se podia muy bien gritar con todos los pulmones y sin contradiccion alguna: ¡Viva la ley! ¡Viva la libertad!

Toda familia cristiana estaba antes montada así, y no se consideraba familia cristiana la que no se regia por estas leyes. Hoy todavía alguna conserva por milagro *el antiguo régimen*; lo regular, empero, es que en la mayor parte de ellas rija el moderno liberalismo.

Aquella era la casa-iglesia, y su ley fundamental era la ley de Dios. Esta es la casa-club ó (si viste levita) la casa-parlamento, que lo mismo da. Su ley fundamental es el libre-exámen.

¿Cómo se vive en la casa del día, tal como la ha hecho la Revolución desterrando de ella á Dios? Si la casa es rica, vívese en ella en un dorado desorden; si es pobre, en un desorden asqueroso, que sólo se diferencia del anterior en faltarle el brillo de la riqueza. Vamos á verlo.

En la casa rica sin Dios, el padre y



la madre suelen vivir en una cierta libertad mutua de accion, que permitiria creerlos solteros, si no atestiguase lo contrario su partida matrimonial. El padre vive más en el casino ó en el garito que en el doméstico hogar: la madre, si es de igual ralea, pasa su vida en los salones ó en los paseos: los hijos los cria por su cuenta la nodriza, y los viste y acompaña la niñera en su infancia: á los diez años los cuida á tanto ó cuanto al mes el colegio; á los quince empieza á corromperlos la Universidad; á los veinte rivalizan ya con los padres en disipacion, libertad é individual soberanía. Suele conocerse que son hijos de aquellos padres en que llevan su apellido y tienen algo de su fisonomía, mas no en otra cosa. Ni comen apenas en casa, ni duermen á menudo en ella; su familia la compo-

nen los cómplices de sus aventuras. Cásanse más tarde, para reproducir en su nueva casa un cuadro igual. Al morir los padres, visten los hijos un luto riguroso y ejemplar, es decir, según la ley del último figurín. El entierro es de lo más sonado, y la tumba suntuosa. El corazón frío como los mármoles de ella. Así se vive y así se muere en la casa de la familia rica sin Dios.

Si la casa es pobre, el cuadro es igual, con sola la diferencia de ser algo más sucio y más ruidoso. La taberna suple al casino; porque la taberna es el casino del pobre, como el casino es la taberna del rico. Los hijos entre tanto se educan en la calle ó en la plazuela, en vez de hacerlo en el colegio ó en brazos de la niñera, en galante coloquio con el artillero ó cazador. Hay en casa gritos y peleas y

trancazos y juramentos, en vez de la ceremoniosa indiferencia de los malcasados de buen tono. Suele intervenir en ellas la vecindad ó el alcalde de barrio, en vez de la Audiencia ó del Provisor. Se cuelgan de la pared retratos de Garibaldi y mamarrachos del periódico satírico-obsceno, en vez de cuadros de odaliscas ó desnudeces del paganismo. Se leen las desvergüenzas del romance callejero ó las invectivas republicanas contra el Cura, en vez de las novelas de Dumas y de los números del periódico de modas. Los hijos se emancipan más pronto y pegan tal vez á sus padres, ó los abandonan á los auxilios de la caridad, ó dan con ellos en el compasivo hospital.

Con que de pobres á ricos de esta clase no media apenas otra distincion,

que la de ser un palacio ó una zahurda el lugar de la escena, y la de representarla con camisa planchada ó con camisa sin planchar los protagonistas. El argumento del drama es igual, y podría bien titularse: «El Liberalismo en la familia, ó lindezas de la casa sin Dios.»

Alguno encontrará exagerada la pintura, y como francos y leales vamos á dar sobre ella una explicacion. En muchas casas, que no son ya cristianas, no se advierte todavia tan al crudo el desórden demagógico que acabamos de retratar. Se comprende perfectamente. Casas enteramente dejadas de la mano de Dios hay pocas todavía; porque aún cuando en sí no sean ya cristianas, viven no obstante en medio del Cristianismo. Y aún á pesar suyo han de recibir alguna influencia de él.

Sus individuos llevan nombres cristianos y han recibido bautismo cristiano, practican siquiera por tradicion ó rutina fiestas cristianas: un dia de la vida practican la primera Comunión, y alguna vez al año han de postrarse siquiera por compromiso al pié de los altares. Puede ser además que en el fondo de esta caverna sin Dios brille tal vez como estrella en noche tenebrosa la piedad mal disimulada de una esposa que recibió buena educacion, ó de alguna hija á quien su buena suerte hizo encontrar maestra más digna que sus padres. Así que ciertas familias impías de hoy aparecen de vez en cuando con lastres y resabios cristianos que hacen menos horrible á primera vista su fealdad. Pero ¡ay! ¡que esto es lo accidental, y lo esencial es su ateísmo! ¡Ay, que esta superficial

compostura no basta á disimular el negro fondo de gangrena que corroee sus entrañas!

---

No hay hombre, sin embargo, por malvado que sea, que no desee arreglada su familia. Ocioso es, pues, amigo lector, que te pregunte si tu casa la quieres con orden ó sin él. Oyeme, pues, y reflexiona.

Si quieres casa con orden, has de hacer que sea casa con ley. Y para ser casa con ley, has de ser tú el primero en sujetarte á ella. Tú que has de mandar, has de ser el primero en obedecer. La ley de tu casa no te la ha de imponer el Gobierno, pues hasta hoy no se ha inventado en los Gobiernos poner un ministro de las Familias, co-

mo hay ministro de la Guerra, ministro de Hacienda, ó de la Gobernación. En casa tú eres el rey y el ministro y el alcalde, y nadie más. Sí, fuera de Dios, no manda alli nadie más. Empieza, pues, por promulgar alta y solemnemente en tu casa la ley de Dios como ley fundamental. Clava en el lugar más visible de ella el severo y moralizador Crucifijo. Aquel es tu Jefe y de tu casa, y tú su lugarteniente, para gobernarla por El y segun El. A quien le falte al respeto, repréndele y castígale seriamente como á reo de lesa majestad. Enemigos de su divina soberanía no los consientas en tu casa, ni en forma de compadres, ni en forma de libros, ni en forma de dibujos, ni en forma de periódicos. Barrera cerrada para todos los enemigos de tu Dios. Los que van contra El van con-

tra tí. Intransigente en eso y sin contemplación.

Reza con tu familia, lee con tu familia, pasea con tu familia, come y diviértete con tu familia, y así si un día has de llorar y gemir, de lo cual no escaparás, llorará y gemirá contigo tu familia para tu consuelo. Los hijos no suelen emanciparse de los padres sino cuando los padres han dado el mal ejemplo de querer emanciparse de sus hijos. Si se separa de su puesto la piedra central de la bóveda, ¿cómo se sostendrán los arcos que deben apoyarse en ella? Acostúmbrate, pues, á la vida doméstica, sin la cual no hay respeto á la autoridad. Huye del café y del casino, que son los enemigos naturales de la casa, como la falsa amiga es la enemiga natural de la esposa verdadera. Lo que has de gastar con los



amigos en el ruidoso salon, gástalo con tu mujer é hijos en el pacífico hogar. No hay músicas como las que allí suenan, ni animada conversacion como la que allí entretiene las recogidas veladas del buen padre de familias. ¡Infeliz! ¡El dinero, el amor, los agasajos, la broma que desperdicias fuera de tu casa con tus compinches, son otros tantos robos que haces á la felicidad y ventura de las prendas de tu corazon, y tal vez á su moralidad y hasta á su eterna ventura!

---

Con que ya ven mis lectores el doble cuadro que les acabo de trazar. Por si gustan realizar el uno les acabo de dar reglas sencillas y que todos pueden cumplir. Para realizar el otro

no necesitan regla alguna, sino echarseuestas abajo por todas las pendientes de la ancha vida. ¡Padres y madres! Si vuestra casa no es iglesia de Dios, sino rencoroso y abyecto club de todos los demonios, vuestra la culpa es y vuestra la responsabilidad. Tal como sea, vosotros la hicísteis y nadie más.

A. M. D. G.

## BIBLIOTECA LIGERA.

---

1. ¿Hablemos de religion?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?—4. La razon de la sinrazon. — 5. ¿Si seré yo algo mas que un bruto animal? — 6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo? — 8. Los amigos del pueblo.— 9. ¿Y si hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal. — 13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros? — 18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad. — 21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio. — 23. Infierno y gloria. — 24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno si, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiere el corazon.—31. ¡Todos somos iguales!—32. Más trabajo y menos fiestas.—33. ¿Qué diran!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mi... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero? — 41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Belen y la cuestion social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene. — 45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—48. ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡No, no prevalecerán!—51. ¿Religion? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero. ¿cómo puede ser lo de la Eucaristia?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporánea.—55. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La libreria de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¿Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—

60. Los pocos y los muchos.—61. Ganar para la vejez.—62. Poncio Pilatos.—63. Mira que te mira Dios.—64. El santo Rosario.—65. ¿Y hay de veras purgatorio?—66. Cariño mas alla de la tumba.—67. Celestial compañero.—68. Ni fe sin obras ni obras sin fe.—69. La santa Inquisición.—70. ¿Los curas? ¡Bah! Son hombres como nosotros.—71. Cuentas galanas.—72. El secreto del bien morir.—73. ¡Eternidad! ¡Eternidad!—74. Higiene espiritual.—75. Maria, Madre de Dios.—76. La casa-iglesia y la casa-club.—77. Escuelas laicas, es decir, impías.—78. El sagrado Corazon.—79. El secreto de la escuela laica.—80. Vivos y muertos, ó ¿cuándo se nace de veras?—81. Piezas para un proceso.—82. Las tres mentiras de la enseñanza laica.—83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso?—84. Modos de tener religion que equivalen á no tenerla.—85. No estoy por tanto lujo en las iglesias; Cristo fué pobre.—86. Con qué ¿nos vamos?—87. Criterio seguro... y único.—88. La casa de la eternidad.—89. El bu del jesuitismo.—90. ¿Tanto mal es el pecado?—91. Mas sobre el jesuitismo.—92. El pecado cristiano.—93. La mas justificada justicia.—94. El combate de la vida.—95. El triunfo de la fe.—96. La vejez del incrédulo.—97. ¡Esos teatros!—98. El crimen de muchos hombres de bien.—99. Ricos muy pobres.—100. Ad maiorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Libreria y Tipografía católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 2 cuartos; docena de un mismo número, 2 rs.; centenar de id., 16 rs.; quinientos de id., 75 rs.; mil de id., 140 rs.

La coleccion de los 100 números publicados vale 16 rs. No se hace otro descuento.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1887.